ó menos grandes, mas ó menos populares; pero cuando se trata de su emancipacion moral, de su reforma social, no son ni los grandes capitanes, ni los grandes políticos los que la llevan á cabo, sino los hombres de corazon y convicciones profundamente arraigadas; aquellos que no buscan mas influencia ni mas base que la legalidad de su mision fundada en las leyes y en los principios que de-

—Diga vd. que estos señores tambien son mis amigos, y que yo no cierro las puertas á la representacion nacional.

Se repitió otra escena de injurias, de provocaciones, de despecho; los diputados se citaron tambien para la casa de Olaguíbel, y por fin se disolvió la reunion.

Al siguiente dia (6 de Enero) á las ocho de la mañana, se preparaba el local en la casa del Sr. Olaguíbel para recibir á los peligrosos huéspedes.

Como hablo muy extensamente del Sr. Olaguíbel en esta obrilla, ahorraré por ahora ocuparme de su persona. En su magnífica librería se colocó una mesa que tenia por carpeta el Estandarte Nacional, una de las reliquias de nuestra independencia, conservado con suma veneracion por el Sr. Olaguíbel.

Un hermoso santo Cristo coronaba la mesa, y entre bujías los santos Evangelios. Al pié de los estantes de libros se pusieron sillas, y quedó trasformado en Cámara de senadores el estudio del letrado.

Los senadores fueron extremadamente puntuales; á las nueve de la mañana habia gran número, y el presidente, que lo era el Lic. D. José M. Lacunza, no olvidaba ninguna de las ceremonias para dar sin la mas leve afectacion carácter grave é imponente á los actos que debian representarse en aquel lugar.

Es de advertir que el gobierno por medio de su policía habia hecho fijar prevenciones para evitar la reunion de los diputados; pero esto no hizo sino difundir la alarma y atraer espectadores al centro de la poblacion y á los lugares señalados para la reunion de las Cámaras.

Los diputados, apiñándose en gran número, se instalaron tambien en la casa del Sr. Olaguíbel, en la pieza interior contigua á la librería. En un gabinete de vidrios inmediato que daba á la escalera se acomodó parte del público que realmente tenia invadida la habitacion entera.

Las discusiones en todas partes eran vehementísimas.

En el senado se suplieron los secretarios, y los Sres. D. Guillermo Valle y D. José de la Bárcena, ocuparon estos asientos.

El Sr. Lacunza atendia á todo con increible aplomo y sensatez.

Este Sr. Lacunza merece que lo conozcan mis lectores.

Su padre fué el magistrado Lacunza, conocido en el orbe literario por el nombre de Can-Azul; casi en la niñez fué visitado por la orfandad, y quedó á expensas de una tia despejada y generosa; una matrona cumplida que lo puso en San Juan de Letran en union de su hermano menor.

Por los años de veintiocho y veintinueve, cuando tendria sus diez y ocho años el chico, publicó algunas composiciones poéticas de bastante mérito, y despues de la derrota de los españoles, una oda á Terán que le valió merecida nombradía.

Por su influencia y conatos se instaló la Academia de Letran de que fué uno de los cuatro fundadores.

Electo despues diputado, se hizo notable por la facilidad sorprendente de su palabra, y por su sutileza de argumentacion. Para Lacunza en la tribuna no hay objeciones poderosas ni dificultades invencibles.

Eminente en las ciencias, erudito de primer órden y con una fuerza de retencion tal, que complicadas operaciones financieras las combinaba en la memoria en el calor de la improvisacion con asombro de cuantos lo escuchaban.

Ministro del Sr. Arista fué integérrimo, moderado por temperamento, pero firmísimo en sus creencias liberales.

Tal era el presidente del senado.

En las sillas se hacian notables el Sr. Guevara, silencioso y como confundido con los acontecimientos. El canónigo Verdugo, conservador exaltadísimo pero de buena fé y honrado, tartamudeando en voz baja dicterios contra los liberales.

Lares, magistrado de Zacatecas, nacido en Aguascalientes, que vino al arrimo del partido liberal, y des-

fienden. A determinados principios políticos no los salvan la proteccion de una personalidad protectora, sino los apóstoles de buena fé protegidos y amparados por esos mismos principios.

El ejemplo mas palpable que podemos presentar, es el triunfo de la revolucion de Jalisco. El descontento del partido liberal la ayudó, y cuando ya habia

pues figuró en primera línea con los conservadores. Estudioso y hábil, de un amor propio susceptible, de una palabra chillona y exigente, influia poderosamente en el bando revolucionario, y protegido por las numerosas relaciones del infatigable editor del *Siglo XIX*, aparecia en primer término de los hombres del porvenir.

Haro, afiligranado de cuerpo, con su voz melíflua y su conversacion salpicada de diminutivos, nariz afilada, ojos azules brillantísimos, y un esmero de lechuguino en el vestir, implacable en sus odios, valiente hasta la temeridad, buen amigo como el que más, arrojadísimo y sin temer obstáculo para la realizacion de sus empresas; Haro, aunque hombre sin mundo, aunque senador sin elocuencia, aunque acusado de intrigante y de pérfido por muchos, es un partidario temible, y un hombre que sobresale de luego á luego en el bando en que se filia.

Para no convertir en galería este prólogo, terminaré con el Sr. D. José M. Tornel.

Este personaje tan adulado por la historia y por la voluble fortuna como él diria; tan calumniado y desconocido por las pasiones políticas al través de las cuales se le juzgó casi siempre, estaba en su ocaso. Una dolorosa enfermedad lo tenia convertido en esqueleto; vivia de su espíritu. Se percibia su inteligencia superior al través de su naturaleza enferma, como la luz que arde, para valerme de una comparacion de Byron, en el fondo de un vaso de alabastro.

En el dia á que me refiero lo envolvia profusa capa con cuello de nutria; su ropa interior holgada al extremo dejaba al descubierto un brazo y una mano blanca y descarnada que tendió sobre los Evangelios, invitando á los senadores á que renovasen su juramento á la Constitucion. Pretendia, sin quererlo, la humillacion del delito delante de la majestad legal. Al seguirlo el partido conservador imitó al apóstol suicida en el ósculo pérfido con que mareó á su víctima.

Ardia entretanto la improvisada Cámara de diputados, esforzándose por completar su número y coordinándose en turbulentas proposiciones los medios para declarar traidor al presidente Ceballos.

Los curiosos se agolpaban en tropel á la casa del Sr. Olaguíbel; en todos los corredores, en las piezas interiores, en las escaleras, en el patio, habia grupos de corrillos. Iban y venian avisos diligentes sobre las disposiciones del gobierno, los aprestos de la policía y el estado de los gefes de los cuerpos sobre sostener ó dispersar la representacion nacional.

La pieza en que estaban los diputados no los pudo contener al fin; el diputado D. Francisco Ocampo propuso su casa en la calle del Hospicio de San Nicolás, para que continuase allí la sesion, y así se ejecutó.

Entonces la atencion pública se dividió en tres puntos. La Diputacion en que el gobernador Azcárate, Lagarde y otros, preparaban la caza de disidentes; la morada de Ocampo ó sea Cámara de diputados, y la casa de Olaguíbel.

A este punto se dirigió primero Lagarde, que penetró al salon, pálido, tartamudo, con su trage de montar y su cuarta en la mano, á intimar á los senadores que se retirasen. El Sr. Lacunza contestó con laconismo y entereza: varios senadores, entre los que sobresalió Olaguíbel, prorumpieron en protestas contra la tiranía y sus esbirros; Lagarde se retiró, pero no la fuerza de policía que quedó á la vista de la casa.

En la Cámara de diputados se reunió el *quorum* despues de algunos esfuerzos, completándose con suplentes; se leyó la acusacion, y con todas las formalidades se declaró traidor á Ceballos en medio de vehementes discursos y de entusiastas aclamaciones.

Tal declaracion fué conducida á la Cámara de senadores, donde se renovaron escenas terribles. En medio de lo mas acalorado de la discusion se anunció la vuelta de Lagarde; se oyeron las pisadas sordas de los esbirros en la escalera; los senadores se pusieron en pié. El que tenia la palabra continuó con ella con exaltacion indecible; algunos ancianos conservadores desaparecieron del salon, y Lacunza, decoroso é impasible, hizo porque el órden se restableciera.

Propúsose en la Cámara de diputados la eleccion de presidente constitucional de la República, nombra-

muerto el órden legal, cuando disuelta la representacion nacional sus miembros eran conducidos á la cárcel entre esbirros, hubieran de arrepentirse muchos de aquellos que se habian olvidado de que los destinos de la patria están vinculados en el respeto á las instituciones y en la guerra en la órbita legal de los comicios.

El que obtiene el poder por medio de una infamia, tiende á conservarle con

miento que recayó en D. Juan Múgica y Osorio, gobernador de Puebla; se declaró que fungiria entretanto D. Marcelino Castañeda, presidente de la Corte de Justicia, y que él, acompañado de los secretarios de ambas cámaras, conduciria el nombramiento al nuevo magistrado supremo.

Mientras pasaban los avisos de una á otra Cámara, en la de senadores se concedió una hora de licencia.

Apenas habian salido los senadores quedando algunos de ellos en la casa, cuando penetró Lagarde y los puso presos, conduciéndolos á la Diputacion. Los Sres. Lacunza, Olaguíbel, Lafragua, Valle, y no recuerdo quiénes mas, fueron de este número.

Marcharon entre soldados de la Alcaicería á la Diputacion: la gente se agrupó silenciosa á verlos, y se agolpó en seguida á la Diputacion, curiosa pero sin excitacion; la generalidad parecia de todo punto indiferente.

La noticia en la Cámara de diputados produjo una verdadera explosion.

Al volver los senadores ausentes y hallarse sin sus compañeros, protestaron en los términos mas enérgicos contra el atentado; quisieron participar del ultraje, pero el crímen estaba consumado: la guardia nacional parricida hacia gala de convertirse en guardia pretoriana, y los esfuerzos estériles eran los espíritus vitales del órden legal que habia desaparecido sin remedio.

El Sr. Castañeda, acompañado del senador D. José de la Bárcena y del diputado D. Juan Viadas, caminaron á Puebla, donde la situacion fué con mucho superior al Sr. Múgica.

Derrotado como nunca con estas victorias cómicas el gobierno, le dió la opinion por pintado, y se dirigió su vista al desenlace de los sucesos que preparaban la revolucion de Jalisco, los acontecimientos de Veracruz, y la guarnicion del Distrito. Quedó como otras veces la República á discrecion de los cuerpos de guardia.

Heridos en lo mas vivo los liberales, compactos con el comun peligro, amagados por la faccion conservadora que aunque vacilante al llamamiento de Santa-Anna, se movia con toda la actividad que la comunicaban Haro, Suarez Navarro, y otros que eran como los anillos que unian á conservadores y santanistas, formaron juntas, se apoderaron del *Monitor Republicano*, y aun quisieron atraerse á Santa-Anna mismo por medio de Lerdo y Basadre, previo un programa lleno de patriotismo, pero sin cuidarse de la realidad de las cosas, formado por el Sr. D. Isidoro Olvera, entusiasta federalista, y aunque sombrío y taciturno, partidario consecuente y leal.

La revolucion que venia de Jalisco trastrabillando, ébria de inconsecuencia, se inclinaba del lado santanista. El *Universal* se pronunció sin embozo contra las instituciones; el *Siglo*, enemigo del general Arista, conservaba su equilibrio; y el *Monitor*, redactado por Arriaga, Prieto y Florencio Castillo, acogia los escritos de Valente Baz contra Monseñor Clementi, y convirtió la redaccion en un foco de rebelion federalista.

Ardia la pececita de la redaccion; allí se espaciaba la bílis de Viadas cuya cólera se parece al delirio, y que con el excelente corazon de un niño tiene pasiones vehementísimas. ¡Allí los cuadros de costumbres que en medio de sus iras forma Valente Baz con alusiones á la crónica escandalosa, sorbiendo tabaco y gesticulando con una animacion extraordinaria; allí nos alentaba Sabás Iturbide, licenciado guerrillero, silencioso y de pasiones hondísimas, con su bolsa para sus amigos, su corazon para la libertad, su brazo para la lid en su defensa, su alma para todo lo grande.

Allí venian los escritos del inmaculado Melchor Ocampo; allí, en fin, asistia la flor y la nata del purismo.

Combináronse cartas y contraseñas, eligiéronse correspensales en todos los Estados, organizáronse publicaciones, y se preparó todo para atenuar lo posible la venida del ilustre proscrito de Turbaco que ya era inevitable.

Ya sabe la nacion los convenios del 6 de Febrero: despues de peripecias y tramoyas sin cuento, vino el Sr. Lombardini al pader, y los liberales, con los ojos fijos en Veracruz lo mismo que la nacion entera, apenas tenian aliento para decir: «*ya viene.*»

El Sr. Lombardini era un hombre de quien diré unas cuantas palabras, porque merece la pena que hagamos conocimiento con su persona.

infamias; aquel á quien llama la ley para regir los destinos de la patria, si no es un traidor, encuentra mas descombrada la vía de la legalidad y del derecho por difíciles que sean las circunstancias, y la conciencia de su mismo derecho y de su autoridad le inspiran todo lo grande, todo lo augusto de la mision que desempeña.

Esto fué lo que pasó á Juarez, cuando persiguido, solo, sin recursos, luchaba en nombre de la legalidad de su mision en contra de las ambiciones personales.

Nosotros lo creemos con toda la fé con que se pueden abrigar los apotegmas en política. En medio de las tempestades civiles, no son ni los grandes genios, ni los grandes capitanes los que salvan á los pueblos; son, sí, los soldados leales del derecho, las conciencias rectas y los intérpretes augustos que van de lo justo y de lo bueno al terreno de la utopía por el camino de las leyes.

Los errores del partido liberal desde 1828 hasta 1853; la dictadura de Santa-Anna; las traiciones de que hizo víctima á la patria el partido del pasado, la efervescencia de las luchas políticas durante este período que hemos recorrido á grandes rasgos, no son, sin embargo, mas que el prólogo de la vida política de Benito Juarez.

Estas verdades que se olvidan en medio de las guerras civiles que degeneran en luchas de personalidades, formaba, sin embargo, el credo político de algunos hombres del partido liberal que como Ocampo y Juarez debian brillar mas tarde en la regeneracion de la patria.

En aquellos momentos en que todo se olvidaba por los recientes sucesos en los que la reaccion envolvia á sus enemigos en sus propias redes, estos hombres

Militar oscuro, subalterno caballeroso y excelente compañero, vivió y se engrandeció con la reputacion y á la sombra del general Valencia, con quien lo unió estrechísima amistad y de quien era cuñado.

Gefe del Estado Mayor del ejército dió á conocer sus excelentes prendas personales, y estas de tal modo eran eminentes, que nadie recordaba ni su poquísima instruccion, ni su escasa valía como militar y como hombre de gobierno. Servicial, compasivo, interpuesto siempre entre las iras del poderoso y el desgraciado, contraste vivo al lado del general Valencia y al de Santa-Anna, era popular como la caridad, y querido con entusiasmo como se quiere á la misericordia.

Las circunstancias descritas hicieron que al ascender el general Lombardini al poder, aunque muy afecto al general Santa-Anna, de quien era visiblemente precursor, le rodearan personas de todos los colores políticos, y que gobernara en *famille* el señor general, como diria un frances.

De ahí es que en esta puja del árbitro ausente, aunque todos desconfiaban de Santa-Anna, aunque los conservadores le aborrecian, y los liberales lo detestaban, y los suyos le acusaban de ingrato, ostensiblemente se unian, menos los liberales, á tenderle capas y á cantarle hossanas! Todo el movimiento, toda la accion estaba entre México y Veracruz, y el gobierno, como chicos que juguetean en las piezas interiores de una casa, mientras los señores formales están en la sala, criaba batallones, resucitaba desvalidos, rehabilitaba caidos, y hacia mil primores; pero se necesitaba un alto reflejo para poder decir, aquí está el gobierno!!! »

Esta relacion escrita aún con la reciente impresion de los sucesos, tiene, además de sus pinturas verdaderamente maestras, el mérito de conservar todas las minuciosidades que busca siempre el historiador en las memorias personales. Cuando se trata de pintar el estado social de México antes de la reforma, no creemos esté de mas la relacion de las peripecias que contribuyeron al establecimiento de la dictadura militar mas desusada que se ha cimentado en la República.

permanecian en el fondo de su hogar alejados de una política de ambiciones, de deseos y de interes particular, y si salian, era como D. Joaquin Ruiz, para elevar una protesta en los *besamanos* y atraerse el odio de todas las facciones. Sacrificios inútiles que por entonces nadie comprendia, ni imitaba.

Uno de esos hombres fué Juarez, que acatando el precepto de la Constitucion de Oaxaca, que prohibia la reeleccion, dejó el mando en 1852, no conservando mas que el honorable empleo de director del instituto de Ciencias y Artes del Estado, en el cual habia hecho sus estudios y al cual habia atendido con una verdadera solicitud filial.

Retirado al hogar doméstico, cuidando del primer plantel de instruccion pública de su país natal, y buscando su sustento en el ejercicio de la abogacía, fué como lo encontró la dictadura de Santa-Anna.

Entre el nuevo dictador y Juarez existia una antipatía profunda; Santa-Anna conservaba un rencor inextinguible por todo aquello que no se habia doblado á su paso, y Juarez fué uno de los pocos hombres que permanecieron erguidos frente al orgulloso soldado; Juarez á su vez despreciaba al ambicioso vulgar á quien la admiracion pública habia colocado en el rango de los semi-dioses. Por eso es, sin duda, que mientras mas ruido metian los partidarios de Santa-Anna, mas humilde era la posicion de Juarez, quien como otros muchos liberales, creyó tal vez un momento en la sinceridad de las palabras del dictador al volver á su país.

Juarez, como otros muchos, no fué en aquellos dias sino simple espectador de la embriaguez general de un pueblo que alzaba altares á la diosa fortuna; pero los tiranos no consienten las mas veces ni la misma indiferencia.

Las persecuciones, los atropellos y las injusticias del nuevo gobierno debian sacarlo de su humilde posicion y abrirle por el camino del ostracismo un porvenir glorioso en la política.

Los hombres públicos son como los rayos, brotan de las grandes conmociones, aparecen en las horas de suprema angustia, y se dan á conocer en medio del bullicio de las pasiones y del horror de los disturbios. En luchas en que se debaten grandes principios, las personalidades nacen de entre la multitud, en reacciones en que se intentan cimentar bastardos intereses, los héroes se elijen en una reunion de pretorianos. Por eso es que en 1853 no hubo quien se opusiese á la marcha triunfal del expatriado de Turbaco, y que en 1860 y 1865 si hubo infinidad de mártires, de patriotas, de hombres buenos y leales que hiciesen resbaladizas las gradas del poder á los usurpadores, porque entre una orgía militar que enloquece á todos los espíritus y trastorna á todos los partidos, y el duelo á muerte entre las preocupaciones del pasado y las utopías del porvenir, hay la misma distancia que entre el chubasco que amedrenta á los rebaños, y la tempestad que desgaja los

árboles y las peñas y desborda los rios; la misma que existe entre las ambiciones vulgares y las pasiones que envenenan el corazon.

Las causas por lo general influyen en la grandeza de los sucesos que originan, y no es lo mismo el combate entre las personalidades, que la lucha entre principios y entre ideas, sobre las cuales ha de descansar el estado social.

Los liberales á quienes se habia hecho servir de instrumento para el triunfo del plan unitario de Jalisco, no tuvieron mas esperanza que las palabras de reconciliacion del general Santa-Anna, y los que permanecieron indiferentes á aquellos sucesos, solo esperaron del tiempo que esclareciera el horizonte político. Pero el general Santa-Anna, traidor á sus compromisos, no tardó en iniciar un gobierno, ridícula parodia de las monarquías militares de Europa.

Esto preparó nuevas y mas fecundas revoluciones, y unificó otra vez al gran partido liberal.